

CAMPAÑAS Y CRUCEROS: MEMORIAS, VIAJES Y BIOGRAFÍA

*CAMPAIGNS AND CRUISES: MEMOIRS,
TRAVELS AND BIOGRAPHY*

Darío Oses
Universidad Finis Terrae
dosesbiblio@fundacionneruda.org

RESUMEN

Las memorias de Richard Longfield Vowell acerca de sus viajes por América en la época de las guerras de emancipación y de los primeros años de vida independiente, son bastante singulares. Este artículo examina algunas de aquellas singularidades: en primer lugar, los modos de narrar de Vowell, coherentes con su mirada, que es la de un testigo que está dentro de los hechos y, por lo tanto, es parcial, limitada y muchas veces da cuenta de fragmentos más que de totalidades. Nos ocupamos también de su anonimato, que en su momento implicó una propuesta de lectura. En efecto, al no firmar su obra, Vowell hizo que su libro pudiera leerse como una búsqueda de quién era y cómo era ese autor desconocido, es decir, él mismo.

PALABRAS CLAVES: Memorias, viajes, campañas.

ABSTRACT

The memoirs of Richard Longfield Vowell about his journeys through America in the age of the emancipation wars and the first years of independent life are quite unique. This article examines some of these singularities: the first one is Vowell's narrative style, coherent with his perspective as a witness involved in the facts and, therefore, biased and often includes fragments rather than wholes. The second singularity examined is his anonymity which involved a proposed reading of the memoirs. In effect, by not signing his work, Vowell made his book be potentially read as a search for his identity and the portrait of this unknown character that is himself.

Key Words: *Memoirs, Trips, Campaigns.*

Recibido: 10 de agosto de 2015

Aceptado: 14 de octubre de 2015

Más de un capítulo de la historia de la emancipación de Sudamérica fue escrito por los integrantes de la llamada Legión británica, formada por voluntarios ingleses e irlandeses. Al hablar de “capítulos”, lo hacemos en sentido figurado y a la vez literal. Porque el aporte de esta legión no fue solo militar: algunos de sus oficiales escribieron memorias y diarios, que son una fuente de valor inapreciable para la historiografía americana. Entre ellos se cuenta el libro de Richard Longfield Vowell¹.

Manuel Pérez Vila apunta que en Europa occidental, “concluidas en Waterloo las guerras que casi sin interrupción duraban desde 1792, se produjo, tras corto lapso de euforia, el indispensable reajuste a las nuevas condiciones que imponía el estado de paz”. Respecto de la situación en las islas británicas este autor dice:

Muchos de los veteranos recién licenciados eran militares de carrera, y aun verdaderos soldados de fortuna, que no lograban adaptarse fácilmente a un género de vida sedentario y apacible. Así, al circular en las principales ciudades de Inglaterra e Irlanda la noticia de que los patriotas hispanoamericanos aceptaban en sus ejércitos a los voluntarios británicos, numerosos oficiales y soldados acudieron a las semiclandestinas oficinas de reclutamiento (31).

El mismo Vowell cuenta que

A principios del año 1817, salí de Inglaterra con varios voluntarios que, como yo, habían ofrecido sus servicios al Estado de Venezuela, y a los que D. Luis López Méndez, agente acreditado de aquella República en Londres, había aceptado en nombre de la misma (*Memorias* 9).

Carlos Sunyer precisa que Vowell había estudiado desde el 17 de mayo de 1814, hasta el 11 de diciembre de 1815, en el Wadham College de la Universidad de Oxford, de donde fue expulsado (117). De modo que transcurrió cerca de un año entre el abandono de los estudios y su nombramiento como teniente del 1º regimiento de lanceros venezolanos al mando del coronel Donald Mac Donald. Es probable que ese año Vowell haya recibido instrucción militar en Inglaterra.

El título de su obra es *Campaigns and Cruises, in Venezuela and New Grenada, and in the Pacific Ocean; from 1817 to 1830: with the Narrative of a March from the River Orinoco to San Buenaventura on the Coast of Choco; and Sketches of the West*

¹ Hay algunas variantes entre los nombres que se ha dado a este oficial: Roberto, en lugar de Ricardo, y Longeville – según Medina–, en lugar de Longfield. Es posible que el memorialista haya usado, en distintas ocasiones y alternativamente, ambos apellidos. El historiador Carlos Sunyer afirma que de acuerdo con pruebas nuevas y concluyentes y rectificando variantes erróneas en el nombre se puede “dejar en definitiva sentado que el autor de *Campañas y cruceros* fue Richard Longfield Vowell” (120).

Coast of South America from the Gulf of California to the Archipelago of Chiloe. Also tales of Venezuela: Illustrative of Revolutionary men, manners and Incidents. Esta obra fue publicada en tres volúmenes por Longman and Co (Londres, 1831). Posteriormente se han hecho traducciones y ediciones parciales, en las que los títulos se abreviaron para ajustarlos al contenido².

Los tomos II y III están dedicados a los *Cuentos de Venezuela*: el segundo volumen se refiere al Terremoto de Caracas y el siguiente a las Sabanas de Barinas³. Son sendas historias de amores de ficción. La primera ocurre en Caracas, cuando esta ciudad sufre los efectos del terremoto de 1812. La segunda tiene lugar en los llanos de Venezuela durante las guerras de Independencia. Según Medina, estos tomos II y III, que están “tan bien escritos e hilvanados que se leen como la más entretenida de la novelas, no revisten, ni con mucho, la importancia del I, dedicado que está a referir los

² En 1837 apareció una traducción al francés hecha por Alphonse Viollet: *Campagnes et Crussières dans les etats de Venezuela et de la Nouvelle Grénade, par un Officier du 1er Regiment de lanciers Vénézuéliens*. Paris, aux Salons Littéraires, Rive des Beaux Arts 56. Imprimerie Dezanche. Faubourg Monmartre 11. De esta versión francesa, Luis de Terán hizo una traducción al español, que solo comprende los catorce primeros capítulos del tomo I, que corresponden a la llegada del autor a Venezuela y a los servicios que prestó en las campañas de Bolívar: *Memorias de un oficial de la Legión Británica. Campañas y cruceros durante la guerra de emancipación Hispano – Americana*. Madrid: Editorial América, Biblioteca Ayacucho, s/f. Luego se publicó la traducción al español de la parte relativa a los servicios prestados por el autor en la escuadra chilena, con el título *Memorias de un oficial de marina inglés al servicio de Chile durante los años de 1821 – 1829*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1923. La traducción la hizo José Toribio Medina, directamente de la primera edición inglesa. La edición de Medina, entre otros méritos, tiene el de aportar nuevos antecedentes para establecer la identidad del autor de este libro, antecedentes que confirmaron los resultados de investigaciones anteriores. Se han hecho dos reediciones de esta obra, la primera en *Viajes Relativos a Chile*, Tomo II John F. Coffin/ Richard Longeville Vowell/ E.H. Appleton/ Gilbert Farquhar Mathison (1817 – 1822). Traducidos y prologados por José Toribio Medina. Ordenados por Guillermo Feliú Cruz. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago de Chile, 1962, y Longeville Vowell, Richard, *Campañas y cruceros en el Océano Pacífico*. Buenos Aires. Editorial Francisco de Aguirre, 1968. Hay, además, algunas ediciones hechas en Venezuela: *Campañas y cruceros* prologada por Juan Uslar Pietri, Caracas, 1974; *Narraciones de Venezuela - Las Sabanas de Barinas*, por un Oficial Inglés, ediciones de Cultura Venezolana, Caracas; Capitán Vowell, *Las Sabanas de Barinas*, traducción de Leopoldo Landaeta, Biblioteca Popular Venezolana, 1946; *Las Sabanas de Barinas*, Biblioteca de la Academia Nacional, Caracas, 1973, y *El terremoto de Caracas por un oficial inglés*, Banco Central de Venezuela, 1974.

³ En la edición original de 1831 aparece “Varinas”, en las sucesivas traducciones al español, “Barinas”.

sucesos históricos de aquel interesantísimo período de las guerras de la Independencia en América” (“Prólogo” X).

Lecturas posteriores, sin embargo, destacan que en *Las Sabanas de Barinas* se encuentra una rica fuente para la historia y la literatura venezolanas, lo mismo que en *El terremoto de Caracas*, escrito con testimonios que Vowell recopiló entre gente que vivió ese suceso. Carlos Sunyer advierte el valor etnográfico de *Las Sabanas de Barinas* cuando habla de

...sus historias más novelescas sobre los llanos del Apure, en que tan verazmente están reflejadas las costumbres y ambiente, y transcritos consejos, cuentos y canciones en aquel entonces vivas y populares y que con sus limitaciones, pero con su autenticidad ofrecen una sugestiva evocación de la vida y la épica de los Llanos (112).

El primer tomo de la obra de Vowell es un libro de memorias, puesto que da testimonio, casi siempre de primera mano, de “sucesos históricos” de las guerras de Independencia. También tiene la forma de esos libros de los viajeros del siglo XIX, que contribuyeron a formar lo que un historiador llamó “el rostro romántico de Chile” (Pereira Salas 5)⁴, y que fijan la mirada en lo autóctono, describen escenarios naturales, especies animales y vegetales, recorren ciudades y dan cuenta de la vida social, del trabajo y de las técnicas de producción, de fiestas y costumbres, de los dichos y hasta de las supersticiones de los hombres.

El presente artículo se refiere principalmente a ese primer tomo. Las citas fueron tomadas de las traducciones al español de Luis de Terán y de José Toribio Medina, publicadas en sendas versiones parciales. Podría decirse que la primera abarca las campañas y la segunda los cruceros, pero por sobre esta división temática, la obra tiene una interesante unidad en la forma de la narración.

Como se ha dicho, estas memorias se publicaron originalmente en forma anónima. Por lo tanto suscitaban, desde la partida, dos preguntas: ¿quién era su autor y por qué decidió permanecer en el anonimato?

Carlos Sunyer señala que quien inició la develación del misterio de la identidad del autor fue Luis Romero Zuloaga, en un artículo titulado “Los Legionarios de la Epopeya, ¿Quién fue el autor de *Campaigns and Cruises in Venezuela?*”, publicado en *El Universal* del 19 de agosto de 1919. Sunyer advierte que los argumentos de Romero Zuloaga “se basan en un sistemático análisis de la obra hecho sagazmente

⁴ Pereira Salas usó esta expresión para referirse al arte de los pintores viajeros europeos del siglo XIX, que contribuyeron a la iconografía nacional, pero bien puede aplicarse la misma expresión, ampliándola al rostro romántico de América, a las obras de los viajeros que describieron paisajes, especies y escenas del país y del continente.

por el Profesor norteamericano William T. Morrey” (113). Advierte Sunyer que los resultados de Morrey “son sólidos y convincentes, tanto que de no haberse encontrado otros que los confirman, hubiesen podido darse como bastante probatorios” (113).

En un segundo artículo, Romero Zuloaga aportó otra pista, encontrada en el libro *Peace, War and Adventure*, de George Laval Chesterton, (2 Vols., Londres, 1853). Al recordar su propia vida aventurera en Américas, Chesterton cuenta que tuvo una estrecha amistad con el capitán Vowell, quien después de un combate en que el bando patriota fue derrotado, anduvo perdido por varios días, escondiéndose para que no lo capturasen los españoles. Este episodio parece coincidir con el relato que el mismo Vowell hace en su libro, de las dificultades que tuvo que afrontar después de la derrota en la batalla de la Puerta. Chesterton aportó, además, algunos datos biográficos de Vowell (Sunyer 116).

El prólogo de Medina a su edición de *Memorias de un oficial de marina inglés al servicio de Chile...* de 1923, se titula “¿Quién fue el autor de este libro?”, y hace su aporte a la solución del problema. Señala que es inútil repasar las páginas de esta obra en busca de alguna referencia al nombre del autor⁵. Se pregunta Medina “¿a qué se debió semejante ocultación?”, y responde que es imposible saberlo: “Ni siquiera lograron averiguarlo sus contemporáneos” (XII). Añade que el traductor de la obra al francés hizo notar que cuando el libro apareció en Londres, “los órganos acreditados de la prensa le tributaron, unánimemente, los más brillantes elogios”, pero omitieron el nombre del autor. Este traductor —que también permaneció en el anonimato hasta que los bibliógrafos descubrieron su nombre— tampoco pudo decir, en ese momento, nada sobre la identidad del memorialista inglés (XII).

Medina ensaya un “modo de resolver este problema”, cotejando algunos de los hechos en los que el autor, en sus memorias, dice haber participado, con un documento dirigido por Ricardo Longeville Vowell, capitán de tropa de la Marina de Chile, al Exmo. Señor Director Supremo, en el que enumera los servicios que ha prestado al país, con el respaldo de certificados de los “Jefes y Contadores” con los que navegó.

Frente a la pregunta “¿por qué Vowell no firmó sus memorias?”, Blanco-Fombona admite que solo encuentra una explicación: su escepticismo:

Se nos representa asimismo el autor, aunque se consagró a luchar por la libertad —y por la libertad ajena— sujeto bastante escéptico. Ello, y solo ello, explicaría el que haya renunciado a transmitir su nombre a la posteridad, firmando la obra que produjo (5).

⁵ Agrega Medina, sin embargo, que en el texto descubrió *a posteriori* una alusión a la persona del autor. Sin embargo, dicha alusión “está de tal manera disimulada, que sería materia de adivinanza saber que de él se trata.” Al parecer Vowell, aun cuando no reveló su identidad, tampoco trató de esconderla, lo que plantea un problema adicional.

En un pasaje de sus memorias, Vowell se refiere a los motivos que los ingleses tenían para venir a luchar en América. Relata que al llegar a unirse a una unidad militar venezolana, los hombres de ella, luego de proveerlos de lanzas y caballos, abordaron ese tema:

Nos preguntaron en seguida muy solemnemente nuestro nombre, nuestra religión, nuestro país, y muy en particular los motivos que nos habían traído a la América del Sur. Era ostensible que no podían persuadirse de que la curiosidad fuese suficiente para decidirse a ir a un país trastornado por la guerra; *no creían que nuestro viaje tuviese solo por objeto ayudarles en la lucha que sostenían* (*Memorias* 79; el énfasis es mío).

Siguen unas líneas que muestra su fina capacidad de observación de las peculiaridades del carácter americano:

Un habitante de la América del Sur supone siempre que el motivo confesado y ostensible de toda acción no es el verdadero. Los unos nos preguntaban si teníamos ganados en Inglaterra, y si la penuria no era la causa real de nuestra emigración; otros, políticos más profundos todavía, dilucidaban audazmente la cuestión haciendo observar que España e Inglaterra eran antiguas enemigas; que aun cuando los gobiernos de estos dos países estuviesen en paz, los individuos no tomaban nota de estas relaciones y persistían en un odio tanto tiempo contenido, aprovechando toda ocasión para satisfacerlo (79-80).

En estos pasajes de sus memorias, Vowell, hablando siempre en plural, pareciera afirmar, aun cuando los desconfiados sudamericanos no le creyeran, que el motivo de su viaje era “ayudarlos en la lucha que sostenían”.

Habría que descartar, además, el interés por el dinero. Cuando estudiaba en Oxford, Vowell heredó 2.000 libras y trajo la mayor parte a América, donde no se dedicó a acrecentar su fortuna, sino más bien a dilapidarla. Se queja, sí, pero no a título personal, por un problema frecuente de la época, que era el atraso en las pagas. Le parece escandaloso e injusto que no se pague al ejército a causa, por ejemplo, de los malos manejos del ministro Rodríguez Aldea. Asimismo, advierte que descuidar la paga de las tropas es causa de motines y revueltas. Así, al relatar uno de los intentos de Infante y Urriola de derrocar al presidente Francisco Antonio Pinto, anota:

Nada más fácil que sobornar las tropas, sobre todo las que se hallaban de guarnición en lugares alejados de la capital, porque desde el momento en que se ausentaban de su vecindad, el Gobierno no se cuidaba en lo menor de atender a su paga ni vestuario, hasta que ocurría alguna revuelta que venía a hacer acordarse del ejército (247).

Queda pendiente otro problema: ¿por qué y para qué el capitán Vowell escribió estas memorias que se negó a firmar?

No nos parece que Vowell intente destacar su participación en las campañas ni en las acciones en que participa. Por el contrario, trata de hacerse poco visible en su propio relato, a través de recursos como el de escribir la mayor parte del texto en plural. De esta forma diluye su yo en un difuso colectivo. Solo excepcionalmente narra pasajes extensos en singular. Una de las pocas ocasiones en que lo hace es luego del desastre del ejército de Bolívar en La Puerta, cuando las tropas patriotas se retiran en desorden y el narrador va quedando rezagado: “Seguí a los fugitivos todo lo que pude, pero pronto comprendí que la cosa era superior a mis fuerzas; me embarazaba el equipo militar y estaba agotado por el cansancio del día y por dos de abstinencia casi absoluta” (*Memorias* 98).

Sigue el relato de cómo el narrador se oculta en distintos lugares, cómo se alimenta en esas circunstancias, mientras intenta llegar hasta donde estén los patriotas. Cuenta todo este periplo en singular, porque no tiene otra opción, ya que, como hemos dicho, está solo, pero en cuanto se junta con otro patriota prófugo, vuelve al relato en plural.

En las grandes escenas militares, en lugar de destacar su actuación, Vowell habla del valor de los otros. Así, en la derrota que sufre el ejército de Bolívar en La Puerta, el cuerpo en que sirvió fue el de *los barloventos*, que “se componía por completo de negros libres de Cumaná” dice el autor, agregando que “eran de rara intrepidez pero, en su mayoría bisoños” y relata:

Después de haber hecho varias descargas al azar sobre un enemigo al que no podían ver, nuestros negros se mantuvieron firmes, aunque les abrasara un fuego mortífero que salía de cada árbol y cada roca. Podían, por lo menos, ponerse al abrigo como sus enemigos y nos esforzamos en convencerles de que lo hicieran, pero en vano; permanecieron en su puesto [...] (*Memorias* 97).

Volviendo a la suposición de Blanco-Fombona, tendríamos que decir que en verdad Vowell puede aparecer como escéptico, entre otras cosas porque no superpone ninguna visión utópica ni ideología positiva a la realidad que observa. Tampoco exalta la causa de los patriotas ni las bondades del continente que lucha por su liberación.

En su relato, el mundo americano aparece como un ámbito más bien caótico, poblado por agricultores y ganaderos, navegantes y soldados, pero también por piratas, aventureros, bandidos, ladrones y políticos corruptos, los que junto a las tropas indisciplinadas y la naturaleza salvaje son los componentes del caos.

Así por ejemplo, cuando el autor y su regimiento llegan a Fernandina, la capital de la isla Amelia, encuentran un panorama desolador. La disciplina de la guarnición no era mayor que la de los barcos corsarios anclados en el puerto. Las tripulaciones de estos, “compuestas por bandidos de todas las naciones, bajaban a tierra con los bolsillos llenos de dinero” a comprar el vino y los licores fuerte, que se vendían muy baratos.

Vowell nunca soslaya la indisciplina de los soldados ni de los marinos patriotas. Así lo muestra su relato de lo que ocurrió cuando las tropas de Bolívar se apoderaron de la ciudad de Calabozo:

Luego comenzaron los soldados llaneros a pillar, como acostumbraban; afortunadamente, no había mucho aguardiente en la ciudad, y como los oficiales se apresuraron a romper todas las botellas que contenían licores fuertes y a agujerear las botas de vino, fue menos difícil restablecer el orden entre las tropas patriotas (*Memorias* 84).

También describe escenas que dan cuenta de la precariedad de la organización militar en el Chile de los primeros años de la República. En una de las expediciones contra Chiloé, que aún estaba en poder de los realistas, parte describiendo el embarque de los reclutas en Concepción:

Notamos que, aunque llamados voluntarios, eran llevados hasta la orilla por una guardia de caballería y muchos estaban amarrados de dos en dos para evitar que se escaparan. Mejor dicho, resultó que eran desertores, criminales sacados de las cárceles y vagamundos de todas clases, reclutados por los alcaldes de las aldeas según la cuota asignada a cada una. En su mayor parte estaban casi desnudos, y todos sin excepción, medio desfallecidos y enfermos (177).

El resultado de este embarque es la epidemia de viruelas que se propaga por la nave, en la que muere media docena de niños y algunos hombres de la tripulación de la *Independencia*, entre ellos el capitán de la nave, Wilkinson.

Más adelante Vowell anota:

Los que se hallan acostumbrados a la tranquilidad y comodidades de un buque de guerra inglés no pueden tener idea de la confusión y total ausencia de ambas en el cuarto de armas de una fragata patriota cargada de tropas [...] como los sudamericanos, sin excepción, son jugadores empedernidos y en manera alguna dotados de paciencia y espíritu filosófico en los reveses de fortuna, se sucedían sin interrupción los juegos de naipes y dados y las disputas consiguientes durante toda la travesía (181).

Luego Vowell relata un episodio en el que la indisciplina de la tropa embarcada en el *Lautaro* estuvo a punto de hacer volar la nave, cuando esta navegaba entre Valdivia y la entrada al archipiélago de Chiloé. Como era imposible cocinar las raciones para todos en el fogón del barco, algunos soldados, en vez de esperar su turno, prendieron fuego en cubierta para calentar su charqui. Esto produjo un principio de incendio y una espesa humareda que hizo cundir el pánico de la tropa embarcada, pánico que aumentó

hasta hacerse incontrolable, cuando se percataron de que la parte de la cubierta que ardía estaba sobre la santabárbara.

Como puede apreciarse, el autor tiene una visión bastante negativa de los hombres del bando por el que está luchando. Aun cuando hace notar la disciplina superior de los españoles, el bando realista no le parece mejor.

La narración de la suerte del jefe de Regimiento donde servía Vowell en las campañas de Bolívar, el coronel Mac Donald, que muere en manos de unos bandoleros fluviales, se construye sobre la base de la descripción de los hechos, sin ninguna calificación de los mismos. Se diría que Vowell no tiene mucha fe en la condición humana. Presenta los crímenes con la misma naturalidad con que describe otros sucesos de la vida cotidiana. El asesinato de su coronel es relatado con la misma distancia que el suceso en el que uno de sus compañeros de armas muere devorado por un caimán.

La torpeza y la impericia de algunos jefes patriotas es otra cosa que hace notar Vowell. Así, por ejemplo, relata el episodio en que un anciano, Toribio Hidalgo, queda al mando del *Lautaro*, de la escuadra chilena, en el que se embarcan “más de trescientos caballos, muchos de los cuales eran animales valiosos y que habían sido especialmente seleccionados para los granaderos a caballo”. El elogio de los animales contrasta con la calificación que Vowell hace del capitán del barco: “Habría sido difícil tropezar con una persona más profundamente ignorante del arte de navegar”. El resultado es una escena penosa:

Don Toribio resolvió entonces degollar a todos los caballos para evitar que cayeran en manos de los españoles, operación que fue ejecutada tan malamente, que muchos de esos hermosos animales no se libraron al punto de sus dolores, sino que continuaron nadando y desangrándose alrededor del buque, hasta desfallecer, y hubo aún algunos que en ese estado llegaron a la costa (164).

Aun cuando él mismo haya declarado que el motivo de su viaje a América era ayudar a los patriotas en su lucha por la independencia, es difícil explicarse por qué este oficial se suma a la causa de unos pueblos en los que no tiene mucha fe. En uno de los pasajes del libro, muy al pasar, incluye a Chile entre los pueblos “a medio civilizar”. Tal vez confiaba en que la civilización terminaría imponiéndose en América, aunque no con el optimismo que muestra Cochrane, por ejemplo, en su proclama a los habitantes de Guayaquil, donde pareciera que el progreso llegaría como una consecuencia inevitable de la liberación del comercio⁶.

⁶ Solo algunas líneas de esta proclama, a título de ejemplo: “Que a los negociantes extranjeros que traen capital les sea permitido establecerse libremente, y lo mismo a aquellos que tienen alguna profesión u oficio mecánico; y de este modo se formará una competición de la que todos habrán de sacar ventaja. Entonces la tierra y la propiedad inmobiliaria aumentarán de valor; los almacenes, en vez de ser receptáculo de inmundicia y crimen, estarán llenos de los más ricos productos extranjeros y domésticos (...) Vuestro río se llenará de barcos y el monopolista estará humillado y avergonzado” (*Servicios navales*, 177).

Vowell parece confiar más bien en la acción de un hombre providencial, de los que no suelen aparecer frecuentemente en la historia: “Algún cambio capital debe tener lugar en la organización del Gobierno (para efectuar el cual se necesitaría de un segundo Bolívar), antes de que Chile, sin embargo de ser el jardín de la América del Sur, pueda ofrecer una residencia agradable y aún segura” (255).

Vowell se las arregló para escribir un libro de memorias en el que su presencia es principalmente la de un narrador que pocas veces entra directamente y en primera persona a escena. Aunque participó en algunas de las acciones más memorables de las campañas de Bolívar, y en Chile en el viaje de la escuadra nacional por toda la costa del Pacífico hasta México y California, así como en la toma de Chiloé, no es un personaje que haya quedado registrado en la historia de la emancipación americana, como otros oficiales ingleses que dejaron memorias, entre ellos Florencio O’Leary y Lord Thomas Cochrane, o marinos y soldados, también memorialistas, que destacaron, aunque en segunda línea, como William Bennet Stevenson, Guillermo Miller y Ferdinand Tupper.

La parte más importante y mejor documentada de la biografía de Vowell, es la que comienza y termina en su propio relato y que va desde principios 1817, cuando sale de Inglaterra junto a un grupo de voluntarios y termina cuando desembarca en Portsmouth, “en la primavera de 1830, después de trece años de ausencia” (257).

A partir de estas memorias, Blanco-Fombona trata de reconstruir algunos rasgos de la personalidad de Vowell. Señala que “era un alma heroica” hasta tal punto que “la heroicidad le parece la cosa más natural del mundo” puesto que “ni un solo adjetivo realza en su obra las acciones más épicas ni pone de relieve a los hombres más bizarros” (5).

Esta aseveración nos parece discutible. En algunas ocasiones, más bien escasas, Vowell sí destaca, aunque con mucha sobriedad, a ciertos personajes, como Bolívar. Es cierto que en su libro no se encuentran momentos de exaltación heroica ni de ningún otro tipo. En algunos pasajes el autor describe ciertas situaciones históricas en un tono más bien anti heroico. No incurre en el tono de la arenga ni del panegírico grandilocuentes. Más bien ridiculiza los excesos retóricos. Así, por ejemplo, al referirse al banquete que O’Higgins dio en honor de San Martín y para celebrar las victorias de Chacabuco y Maipo, cuenta la siguiente historia:

Uno de los comensales chilenos, don José Ignacio Zenteno, criollo del todo insignificante, pero muy intruso, que acababa de ser ascendido del humilde empleo de escribano al cargo de ministro de la guerra, en el calor de un florido elogio que iba pronunciando en honor del festejado y de su ejército, llegó a decir que no había chileno que fuese digno siquiera de limpiar el fusil de un soldado argentino. Freire había escuchado con el aire taciturno que acostumbraba hasta el final del indiscreto e inoportuno panegírico en silencio reconcentrado pero con evidentes muestras de inquietud y disgusto. La conclusión, sin embargo, le

sacó completamente de paciencia y urbanidad y cogiendo una fuente de sopa caliente que estaba cerca de él se la rompió en la cabeza al atónito declamador [...] (140).

Sí realiza Vowell, en cambio, el heroísmo colectivo de los patriotas en algunos pasajes de su escrito, especialmente en la escena del paso de los Andes, en pleno invierno, por el ejército de Bolívar.

Blanco-Fombona afirma, también, que Vowell es “un hombre de corto juicio crítico e incapaz de un juicio de síntesis ni sobre los personajes que trató de cerca ni sobre acciones trascendentales que contribuyó a realizar”. Más adelante agrega:

Tal es la impersonalidad de la narración; tal la carencia de un juicio global sobre las audaces y trascendentales campañas que el autor iba realizando a las órdenes de Bolívar, de Valdés, de Sucre, que uno se pregunta e insiste en preguntarse si aquel oficial se percataba, no ya de la magnitud y trascendencia de la obra que estaba contribuyendo a realizar, sino de las mismas operaciones militares en su conjunto (7-8).

Por la magnitud del teatro de las operaciones, que él mismo pudo apreciar desde California y México hasta el archipiélago de Chiloé, y porque no pudo dejar de ser consciente de que se estaba desmoronando uno de los mayores imperios coloniales ultramarinos de Europa, es difícil que Vowell no se percatara de la importancia de lo que ocurría. Pero para escribir sus memorias Vowell elige el punto de vista del soldado que por estar inmerso en las acciones —en batallas, marchas o retiradas—, necesariamente tiene una visión parcial y limitada de las mismas. Es la visión del que solo sabe lo que le está pasando a él y a sus compañeros más cercanos. No tiene la perspectiva panorámica de los altos mandos. Por otra parte, parecen interesarle más las realidades tangibles, domésticas y concretas que las especulaciones históricas, políticas, estratégicas o filosóficas. Se preocupa más por la comida de la tropa, que por el destino final de las grandes empresas militares.

Además, Vowell tiene la capacidad de observar la realidad a partir de detalles y contrastes y sin anteojeras ideológicas. En su relato no se advierte la presencia de los mitos ni de los tópicos con los que los europeos solían abordar la realidad americana. Por otra parte, Vowell se muestra como un magnífico narrador que construye escenarios, como el laberinto del sistema fluvial del Orinoco, lleno de corrientes impredecibles, de piratas de agua dulce, de indígenas que colaboraban con los piratas, de serpientes de agua y de tierra, de crecidas que arrastraban árboles, en tanto en las orillas, hace aparecer pueblos fantasmas, habitados solo por seres enfermizos, decrepitos, sin fuerzas para trabajar la tierra.

Vowell es capaz de mostrarnos la diferencia de disciplina y organización entre el ejército español y el patriota, en una sola imagen en la que los realistas aparecen

bien uniformados y los patriotas mal vestidos. Sobre los oficiales de Bolívar —muchos de ellos de color—, anota:

Pocos llevaban uniformes militares. Vestían generalmente una camisa hecha como de varios trozos de pañuelos de diversos colores, de mangas anchas; amplios calzones blancos, en bastante mal estado, que les llegaban hasta las rodillas, y sombreros hechos con hojas de palma y adornados con vistosas plumas. Aunque los más de estos oficiales, por las circunstancias, careciesen de zapatos, todos, sin excepción alguna, llevaban grandes espuelas de plata o de cobre, de cuatro pulgadas de diámetro, y algunas de mayores dimensiones todavía (77).

La segunda parte del primer tomo, que es la traducida por Medina, parte relatando la campaña que emprende Cochrane para capturar a las fragatas españolas *Prueba* y *Venganza*, que eran el último vestigio del poder naval español en el Pacífico sur. En este intento, Cochrane navega con una escuadra mal tripulada y con algunos de sus barcos en precarias condiciones materiales, desde Guayaquil hasta México.

Con el nombramiento de oficial de marina, con el mismo grado que tenía en el ejército de Colombia, Vowell sirve en la *Independencia*, al mando del capitán Wilkinson. Nuevamente la perspectiva de Vowell es, en buena parte del relato, la de la pequeña historia. En esto le ayuda su función de encargado del rancho. Así, cuando la escuadra se encuentra fondeada en el golfo de Fonseca y un alcalde local llega a ofrecer provisiones frescas, pide permiso para ir, junto a un oficial de artillería, a la aldea indígena donde llenan una canoa con aves, cerdos y legumbres “en la expectativa de que habían de causar las delicias de nuestros compañeros de rancho, que durante algún tiempo solo habían estado comiendo *charqui* y carne salada” (11).

Pero entonces un golpe de viento vuelca la canoa y sus ocupantes quedan nadando en medio del ganado que habían embarcado, y en el centro de una “rápida corriente, entre dos islas peñascosas”. Después de intentar inútilmente enderezar la canoa, los indios encargados de remar la abandonaron. Los naufragos consiguieron llegar hasta una isla rocosa donde ni siquiera había agua. Desde ahí lamentaron “la intempestiva suerte que corrían los cerdos y las aves, que iban arrastrados mar afuera y que, sin duda, pronto habían de servir de festín a los tiburones” (12).

La escuadra sigue navegando a lo largo de la costa, y Vowell describe un sitio donde nadaban por la superficie del mar multitudes de tortugas. En cualquier lugar donde pudieran arriar un bote las pescaban por docenas, lo que permitiría un cambio en la alimentación a bordo de la escuadra, donde las provisiones saladas y el tasajo de buey que habían traído desde Chile, se encontraba ya en muy mal estado. Sin embargo, los marinos y soldados chilenos “que nunca habían visto antes una tortuga, manifestaban gran repugnancia por su aspecto, creyendo que eran sapos de mar de un tamaño enorme. No había forma de que las gustasen en la sopa, o mejor dicho, en el estofado que se hacía de ellas”, aun cuando en el condimento de estos guisos se había

agregado una buena dosis de pisco para “inducirlos a abandonar sus escrúpulos”. Era necesario darles *charqui* y carne salada, por lo cual se salaron “varios quintales de la parte carnosa de las tortugas, que secamos al sol en los rebenques de los aparejos” Vowell concluye que este singular charqui de tortuga “se conservó muy bien y llevamos alguna cantidad a Chile” (14).

Lo que comían los tripulantes de la escuadra, la forma en que se conseguían y preparaban estas comidas, los prejuicios contra alimentos distintos de los habituales, son parte de esa historia menor, que Vowell hace visible en su relato.

Medina advertía ya que Vowell, “junto con historiar sucesos militares y políticos de la más alta trascendencia, ha penetrado a fondo en nuestras costumbres nacionales de aquel tiempo, hasta hacerse eco de las tonadas favoritas del pueblo...” (“Prólogo” XI).

El libro de Vowell da cuenta de sucesos relacionados, entre otras cosas, con lo que se ha llamado la historia del “acontecer infausto” de Chile: terremotos, inundaciones, incendios, salidas de mar, temporales y otros sucesos cuyo potencial catastrófico a veces se ve acrecentado por las conductas humanas.

Describe Vowell las precarias instalaciones de los matarifes de Valparaíso, y luego apunta:

Rara vez pasa un año sin que se produzca algún gran incendio en estos extensos tinglados, que, estando techados con hojas de palma y llenos de panzas de sebo, arden de manera tan espantosa en los días que soplan los vientos alisios, que hace materialmente imposible salvar la vida del ganado en pie que de ordinario encierra (38-39).

Más adelante habla de las quebradas que bajan desde la montaña con corrientes de agua, y que quedan casi secas en verano. En invierno, en cambio, estas corrientes experimentan crecidas violentas y repentinas: “Anualmente son destruidos así muchos *ranchos* y se pierden no pocas vidas, porque, a pesar de reiteradas advertencias, los habitantes vuelven a edificar, en la primavera próxima, en los mismos sitios en que vieron ser barridas sus cabañas” (Vowell 40).

Llama la atención, desde luego, la persistencia de algunas de estas calamidades, lo que indica que, más allá de la enunciación de los hechos, Vowell observó ciertas características muy arraigadas en el hombre chileno, como su renuencia a prevenir, que lo condena a padecer la reiteración cíclica de los sucesos catastróficos.

Vowell incorpora también en su libro acontecimientos infaustos propios de lo que hoy llamamos la “crónica roja”. Cuenta, por ejemplo, la historia de un comerciante inglés, de apellido Bateman, que en 1822 edificó en un llano despoblado, en lo alto de un cerro de Valparaíso, y construyó un camino para facilitar el poblamiento del lugar: “Por desgracia, antes de que lograra ver realizado su plan de fundar una aldea, fue asesinado en su solitaria mansión por los peones de que se valía, tentados

probablemente por las riquezas que se le suponía guardar y por el desamparado sitio en que vivía” (41).

Al hablar de Santiago, cuenta Vowell otro asesinato, “de extraordinaria atrocidad”, perpetrado en la cumbre del cerro San Cristóbal por “cierto marqués chileno” que movido por los celos mató a la dama de quien estaba enamorado:

El marqués contaba, sin embargo, con las influencias suficientes para escapar, habiendo sido condenado únicamente a pagar una pensión anual a la madre de su víctima, que era una viuda. A pesar de que estos hechos se hicieron públicos, nadie dejó de acompañarle como antes, y no muchos después se casó (108).

La impunidad, sin embargo, no parece ser un privilegio de la clase alta:

Aunque son muchos los malhechores que apresa la policía, los robos y asesinatos se suceden con frecuencia, a causa de que, a pesar de su alarmante repetición, rara vez se aplica la pena capital y solo en hechos de extraordinaria atrocidad, o cuando los culpables carecen de padrinos que intercedan por ellos. De otro modo, aun en casos de asesinato, son simplemente deportados a Valdivia, de donde bien pronto regresan, o se les coloca por algunos años en algún buque de guerra, en ocasiones después de seis o siete veces que han reincidido (118-119).

El acontecimiento infausto de mayor envergadura que relata Vowell en el primer tomo de su obra, es el terremoto de Valparaíso, que ocurre poco después de su llegada a Chile, el 19 de noviembre de 1822, y que según él, “fue con mucho el más fuerte de cuantos recordaba haber sentido la gente más anciana” :

El ruido de que vino acompañado el temblor fue espantoso. En vez de los que ocurrían generalmente, parecían más bien descargas de truenos subterráneos, como el de los torrentes que van arrastrando en su curso desenfrenado piedras de gran tamaño; y en momentos por terribles sacudones como si grandes capas de granito fueran removidas debajo de los cerros. Además de esto, el estruendo de las iglesias y otros edificios que se venían al suelo, los gritos de los habitantes despavoridos y los aullidos de los perros que pululaban por las calles, formaba un concierto terrorífico, que los que nos hallábamos a bordo y relativamente fuera de peligro, no podíamos oír sin estremecernos (51).

Este es un buen ejemplo de cómo Vowell se las arregla para contar un episodio, señalando su condición de testigo, pero manteniendo en cierta medida la impersonalidad del relato. En este párrafo Vowell relata —siempre en plural— que estaba a bordo, a cierta distancia del desastre. Luego viene una orden impersonal y finalmente, sin abandonar

el plural, revela que él es parte de esa operación, lo que le permite presenciar detalles de ese panorama de horror:

Destacamentos de marineros fueron inmediatamente despachados a tierra de todas las naves, para protección de la Aduana y los almacenes medio arruinados de las principales casas de comercio nacionales y extranjeras. En el desempeño de estas funciones tuvimos amplia oportunidad de presenciar los horrores de un temblor de primera magnitud como ciertamente era éste. Muchos de los moradores fueron muertos en el primer momento en sus lechos. Otros, que habían logrado salir fuera de sus casas, fueron aplastados por los maderos y murallas que se desplomaban, al tratar de escapar en las calles. La confusión era tremenda: todo espacio abierto se veía lleno de gentes, sobrecogidas por el terror, la mayor parte medio desnudas, porque la mayoría había saltado de sus camas a la primera alarma, sin tener tiempo después de buscar sus ropas (51-52).

El hecho de que los marinos hayan sido enviados a proteger la Aduana y los almacenes indica que ciertas conductas humanas, en situaciones de catástrofe, han persistido en el tiempo. Más adelante Vowell agrega: “A la vez, bandas de *rotosos* merodeaban por las calles desiertas, aprovechándose de la ocasión para saquear las casas” (52).

Vowell también da cuenta de hechos que pueden ser datos de interés para la historia de las mentalidades en Chile. Describe algunas escenas que muestran el valor simbólico que ya tenía el dinero en los primeros años de la República y la mentalidad centralista que ya se había formado en la misma época. La acuñación de moneda, que se hacía en Santiago, estaba casi paralizada por la escasez de metales preciosos que había en la capital. El presidente Pinto decidió entonces trasladarla a Coquimbo, donde era más fácil obtener plata. Vowell hace notar que esto “contribuyó en gran manera a hacer impopular a Pinto entre los habitantes de Santiago, cuya vanidad se sintió lastimada en parte sensible por una medida que estimaron infracción de los privilegios de la capital” (236). En cambio, en La Serena y Coquimbo, la pesada maquinaria de acuñación se recibió con grandes fiestas. Una multitud se congregó en el puerto para ayudar a llevarla a tierra, mientras una banda de música festejaba el arribo: “El pueblo hasta se unció al carro en que había de conducirse a la ciudad y, a no dudarlo, lo habría arrastrado hasta allí, pero el camino resultó tan arenoso, que se gastó casi una semana en conducir cada una de las piezas al lugar señalado” (237).

Vowell fue un fino observador del mundo. En su libro se advierte ese impulso de los viajeros, de hacer catastros de especies vegetales y animales. Incursiona además en la historia natural, que Foucault describe como “el tejido inextricable y perfectamente unitario, de lo que se ve de las cosas y de todos los signos descubiertos o depositados en ellas” (129).

Vowell habla del “huaso viejo que nos dio esta lección de historia natural de su país”. Él mismo, luego de describir una especie, habla de las leyendas que se han tejido en torno de ellas, de sus usos medicinales o alimenticios, de los dichos y hasta de las canciones a las que da lugar. Así, después de describir a “numerosas parejas de *pequenes*, tomando el sol, parados en los montones de tierra que han sacado de sus cuevas al fabricarlas para sus nidos”, escribe: “Los chilenos dicen en broma de alguien que acostumbra a negarse a las visitas, que ‘se esconde como pequén en su cueva’” (218-219). O después de describir el maitén y la calidad de su madera, dice:

Los huasos improvisadores, o chinganeros, que de ordinario aluden en sus lucubraciones repentistas a temas que son familiares a sus oyentes, comparan a una joven hermosa con los renuevos de este árbol; por ejemplo:

Mariquita de mi alma,
cogollito de maitén... (219).

Dentro de la pequeña historia de Santiago, Vowell habla hasta de la censura. Describe los cafés, donde hay música y canto a cargo de improvisadores que hacen versos satíricos adaptados a los tradicionales aires nacionales. En estos versos solía haber alusiones a las novedades que ocurrían en la ciudad “a las que siempre prestan los chilenos atento oído, sobre todo si son materia de escándalo” :

Uno de estos trovadores, que gozaba de gran favor del público, conocido que era con el sobrenombre de *La Monona*, por una tonada que a diario se le pedía que cantase, compuso tal número de versos satíricos sobre este tema, con alusiones a las monjas y frailes, que los priores y abadesas hubieron de preocuparse del asunto y se valieron de sus influencias cerca del alcalde de la ciudad para que encerrase al infeliz cantor en la Casa de Corrección. Pronto, sin embargo, fue sacado de allí por la intercesión de un cacique araucano llamado Venancio, que se hallaba en Santiago con una misión de su patria y había estado muy entretenido con su canto (110 – 111).

El libro de Vowell tiene, además, valor como una de las pocas fuentes, si no la única, de la incursión de dos de las naves de la escuadra chilena a California, en 1822.

Hay testimonios, como los de Cochrane y los de su ayudante William Bennet Stevenson, sobre el viaje de la escuadra chilena a México, donde a fines de diciembre de 1821, el bergantín *Araucano* entra al puerto de Acapulco con intenciones de bloquearlo para impedir que escaparan las naves españolas que pudiera haber allí, y también sobre la tensa situación que se produce con el gobierno de Agustín Iturbide, que había recibido informes falsos, según los cuales Cochrane se había apoderado de la escuadra chilena para dedicarse a la piratería. Están, además, las páginas de los

historiadores, Barros Arana y Encina sobre estos hechos. Pero es difícil encontrar, fuera de las páginas de Vowell, un relato testimonial de lo que ocurre cuando Cochrane manda a la *Independencia* y al *Araucano* a California, con dinero para comprar harina y bueyes, que debían ser beneficiados y luego salados en tiras, en el lugar donde pudieran adquirirse⁷.

El comandante Wilkinson, de la *Independencia*, ordenó al capitán Simpson que fuera con el *Araucano* hasta una misión, llamada Loreto, donde podría comprar ganado y dejar ahí a una parte de su gente, faenándolo, mientras navegaba hacia Guaymas, en busca de harina. La *Independencia*, entre tanto, se dirigió a la bahía de San José, en el límite meridional de California, territorio que, hasta entonces, seguía bajo el dominio español.

Vowell relata una sucesión de escaramuzas menores, de ires y venires que forman una especie de tragicomedia de equivocaciones y que terminan cuando el Superior de las Misiones del Sur de California decide declarar la independencia,

[...] paso a que fue inducido por el ejemplo de México, hallándose ya convencido, en vista de la llegada de la escuadra chilena, que la causa realista estaba perdida en el Pacífico y que su persistencia en izar el pabellón español en las misiones por algún tiempo más, solo podía conducir a introducir entre ellas la guerra con su séquito de calamidades... (25).

La descripción que hace Vowell del acto de declaración de la independencia de California, es un ejemplo de su prosa tan rica en imágenes y en observaciones irónicas, como desprovista de solemnidad:

Mil quinientos indios entraron a la ciudad en su acompañamiento (del superior), armados de lanzas y de largos fusiles españoles y montados en hermosos y briosos caballos [...]

A la llegada del capitán Wilkinson con algunos de sus oficiales, los indios estaban formados en semicírculo alrededor del Padre Superior, que se hallaba de pie sobre unas gradas al frente de la misión, y que les preguntó si querían jurar sostener la independencia del país; a lo que todos contestaron afirmativamente, como lo habrían hecho, sin duda, con igual prontitud ante cualquiera otra proposición del misionero. Con gran sorpresa y agrado suyo, la *Independencia* procedió a hacer una salva a cierta señal convenida. Contestaron con disparos

⁷ El relato de este suceso, que se encuentra en el libro *La escuadra chilena en México – 1822*, del historiador contemporáneo Carlos López Urrutia, se apoya principalmente en los testimonios de Vowell.

irregulares, cargados con tiros a bala, lo que ciertamente tenía más la apariencia de pelea que de regocijo. Un barril de aguardiente de Pisco, que se les envió desde a bordo, completó su alegría (26-27).

Por lo pomposa que fue, esta ceremonia puede compararse con el relato del juramento a la Constitución, que se promulga en Chile, bajo el gobierno de Pinto, en una tregua de la anarquía que en ese momento imperaba en el país:

[...] [La Constitución] fue al fin aprobada por el Congreso y sancionada por el Presidente, quién señaló día para la ceremonia de jurarla observar y mantener en todas las ciudades de Chile. Un ejemplar fue llevado en procesión al altar mayor de todas ellas, donde estuvo depositado por una semana; se exigió el juramento al ejército, a la marina y a los civiles por los respectivos gobernadores o alcaldes, con la debida solemnidad y con toda la pompa de que los sudamericanos son tan amigos. Arcos triunfales, cubiertos con ramas de curagüilla y adornados con pinturas alegóricas se erigieron en todas las plazas; y la ceremonia se llevó a cabo en medio de las salvas de la artillería, repique de campanas y vivas del populacho, al cual se arrojó dinero en abundancia (252-53).

Un párrafo más adelante, Vowell deja en evidencia el carácter más bien teatral o escenográfico de estas solemnidades cívicas, cuando anota: “La provincia de Concepción, disgustada bien pronto con la Constitución que acababa de jurar amar, honrar y obedecer, se declaró separada para siempre de Chile...” (254).

Volviendo a California, después de la ceremonia de jura de la independencia que ya se ha descrito, el Padre Superior de la misión invitó a los oficiales a comer. Les ofreció un banquete que suscitó comentarios superlativos de Vowell, siempre atento a la comida: “La cocina indígena nunca se alzó a un grado superior, y los guisos, especialmente los de tortuga, salmón y venado, resultaron excelentes” (27). Luego el sacerdote montó a caballo y los llevó a recorrer los viñedos y plantaciones de caña de azúcar de la misión. Entonces se produjo la continuación de la comedia de equivocaciones. El capitán Wilkinson le dio a un oficial instrucciones en inglés para los hombres que estaban haciendo provisión de agua en barriles para el barco. El oficial partió al galope a transmitir las. El Superior, que no entendía una palabra de inglés, imaginó que las órdenes eran para llevárselo a bordo a él, en un acto de secuestro. Sin decir nada hizo dar media vuelta a su caballo y “partió a escape, saltando zanjas y vallados” hacia la misión. El capitán y sus oficiales, sin saber el motivo de esa intempestiva partida, solo atinaron a seguirlo, con lo cual no hicieron más que aumentar el terror del fraile, “causando la mayor alarma en el pueblo, al través del cual pasó a carrera tendida, con sus hábitos que volaban al viento, y perseguido, como naturalmente lo supusieron los indios, por los herejes ingleses” (28).

Nadie entendía lo que pasaba. La agitación del Superior “no le permitía articular palabra al llegar a la misión: hasta que al fin, con gran sorpresa nuestra, nos acusó delante de la multitud reunida de habérselo querido robar” — anota Vowell. Finalmente, con mucha dificultad, consiguieron convencerlo de que no pretendían eso, pero la confianza estaba quebrada y un grupo de indios se preparaba ya para emboscarlos en el camino de regreso a la playa.

Poco después recibieron la noticia de que la tripulación extranjera del *Araucano* se había amotinado, apoderándose de la nave. La *Independencia* regresó a Chile sin haberse encontrado con el resto de la escuadra ni saber nada de ella. Así concluyó este curioso “desvío” californiano de la infructuosa campaña de Cochrane en busca de las fragatas españolas. Fue un episodio menor, que Vowell relata casi como una comedia bufa, en la que los malentendidos generan acciones que dan lugar a reacciones y todo tiende a reforzar la equivocación. Esta manera nada épica de contar la historia, contribuye a la singularidad del relato de Vowell.

Sunyer, en su intento de hacer “un esbozo biográfico” de Vowell, establece que nació en la ciudad inglesa de Bath, en 1795, y que fue bautizado el 24 de julio de ese año junto a su hermana gemela, Mary. Su padre llegó a ser comandante del 66 Regimiento de Infantería. Al regresar de América, en 1831, Vowell se va a vivir a Bath donde se imprimió *Campañas y Cruceros*, aunque se haya publicado en Londres. Agrega Sunyer que probablemente murió en Bath, aunque “examinados cuidadosamente los índices de las defunciones en Gran Bretaña que están registradas en Somerseth House, a partir de 1837, no se encuentra la de Vowell. Lo que hace suponer que o bien murió antes de esa fecha, o bien fuera de Inglaterra” (118-19).

Aun con todas las incógnitas que generan las memorias de Vowell, la última parte de su vida es la que plantea más problemas, entre otras cosas porque presenta un contraste sorprendente con la primera. El hecho es que después de participar en algunos de los momentos más importantes de la historia del siglo XIX, Vowell parte a un lugar en el que la historia parecía detenida: una colonia penal en Australia.

La información con que cerramos este artículo está tomada de la biografía escrita por María Páez Victor, que es el trabajo más completo que conocemos sobre el tema.

De regreso de América, Vowell, en su ciudad natal, Bath, se dedicó a escribir. A pesar de la crítica favorable con que su obra fue acogida, Vowell no siguió la carrera literaria. En noviembre de 1832 partió a Australia. Llegó a Sidney en febrero de 1833 y fue contratado como escribano en Cox’s River Stockade, un campo de prisioneros, donde los convictos trabajaban aherrojados construyendo caminos. Es posible que la situación que encontró Vowell al llegar a Australia fuera muy distinta de lo que esperaba. El hecho es que después de haber luchado por la libertad de las colonias americanas, se encontró viviendo en otra colonia y en un lugar donde imperaban las más severas restricciones a la libertad.

Por su trabajo, Vowell estaba a cargo de los documentos y papeles de Stockade. En mayo de 1835, cuatro convictos y otros tantos soldados del regimiento que custodiaba la prisión, escaparon de Stockade con el escribiente Vowell, quien estaba bajo sospecha de haber sido sobornado para falsificar los comprobantes de sentencias, para rebajar las penas.

En sus escritos Vowell condena la desertión y la indisciplina militar. Entonces, ¿por qué escapó con un grupo de desertores y penados? Además, él no tenía necesidad de escapar. Era un hombre libre, de modo que podría haberse ido de Stockade en cualquier momento. También había condenado la corrupción y nunca se mostró ambicioso o interesado por el dinero. ¿Por qué aceptó el soborno? ¿O se trató de una acusación falsa?

El hecho es que los prófugos vagaron por los bosques, sin rumbo. Durante su vagancia, al parecer, cometieron algunos robos para sobrevivir. Nunca llegaron a la costa, donde podrían haber conseguido que algún barco los sacara de Australia. En junio de 1835 fueron capturados y enviados a Parramatta, y el 10 de agosto a Sidney, donde se los juzgó.

Aquí aparece uno de los tantos hechos curiosos de la biografía de Vowell, y que conecta su situación presente con el pasado: uno de los convictos lo acusó de ser el principal promotor de la fuga, por haber puesto en las cabezas de los demás acusados ideas de libertad y escape hacia Sudamérica. Es posible que Vowell haya contado sus aventuras americanas a presos y a soldados, con la misma habilidad narrativa con que lo hizo en su libro y eso pudo generar, entre quienes lo escuchaban, el deseo de escapar hacia aquel continente, que debe haberles parecido maravilloso en comparación con el campo de reclusión en el que vivían.

¿Por qué Vowell, en lugar de irse a Australia, no volvió a América? Es indudable que tuvo intenciones de hacerlo, ya que hacia el fin de *Campañas y cruceros* escribe: “Solicité y obtuve licencia para ausentarme, a fin de visitar Europa, en noviembre de 1829” (256). Habla solo de ausentarse, por lo que pareciera que tenía intenciones de regresar y reincorporarse a la marina.

El asunto es que el juez encontró culpables a todos los prófugos, y Vowell fue condenado a muerte, sentencia que fue conmutada por la de prisión perpetua en la isla de Norfolk, la peor de las prisiones del imperio británico en el siglo XIX, destinada a criminales recalcitrantes y a irlandeses que habían participado en revueltas contra Inglaterra.

Vowell, sin embargo, fue liberado de los trabajos más duros, y asumió los de escribanía, que se necesitaban en el penal. Después de algunos años de reclusión, pudo solicitar una rebaja de su pena, la que le fue concebida, de modo que pudo salir de Norfolk hacia 1841 o 1842.

Vowell se quedó en Australia, donde murió en 1870, a los 75 años. Su existencia sigue siendo un misterio; dejó varias vidas inconclusas: abandonó sus estudios en

Oxford y una promisorio carrera literaria en Inglaterra. En lugar de regresar a América, donde había hecho una carrera militar, se fue a Australia, donde no tenía nada. Trató de volver a América por el camino más difícil, que finalmente lo llevó a reclusión en la peor de las prisiones del Imperio Británico. Cuando recobró la libertad, decidió quedarse en Australia. Es como si siempre hubiera andado huyendo de algo, como si hubiese querido extender a su vida el anonimato en que dejó su obra.

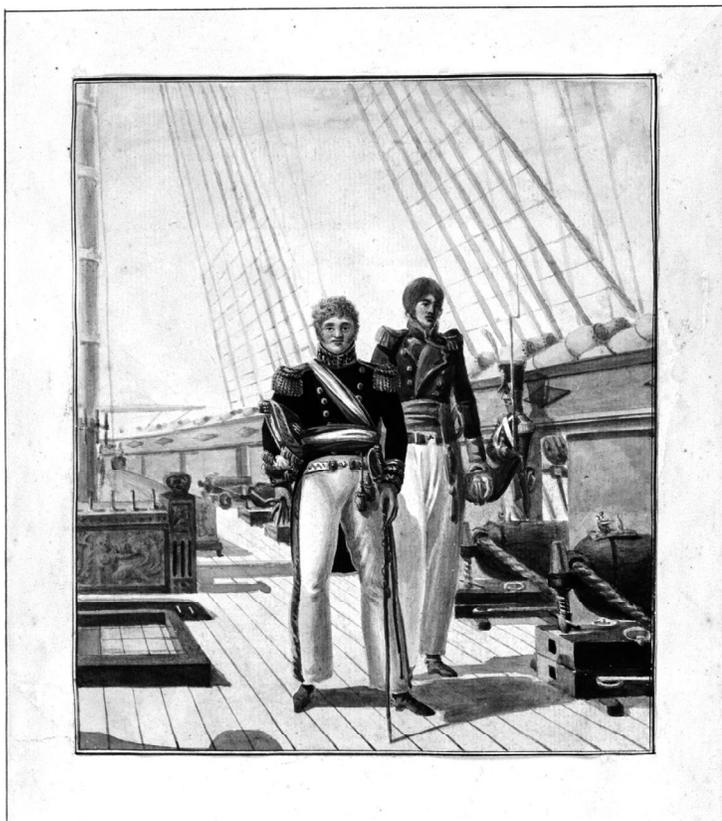
BIBLIOGRAFÍA

- Blanco-Fombona, Rufino. “Prólogo”. En *Memorias de un oficial de la Legión Británica. Campañas y Cruceros Durante la Guerra de Emancipación Hispano – Americana*. Trad. Luis de Terán. Madrid: Editorial América–Biblioteca Ayacucho, s/f⁸, 5-9.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI Editores, 1971.
- López Urrutia, Carlos. *La escuadra chilena en México – 1822*. Santiago: Editorial Francisco de Aguirre, 1971.
- Medina, José Toribio, “Prólogo”. En Vowell, Longeville Richard. *Campañas y cruceros en el Océano Pacífico*. Traducción, Prólogo y Notas de José Toribio Medina. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1968. X-XVI.
- Memorias de un oficial de la Legión Británica. Campañas y cruceros durante la guerra de emancipación Hispano – Americana*. Trad. Luis de Terán. Madrid: Editorial América–Biblioteca Ayacucho, s/f.
- Páez Victor, María, *Liberty or Death! The life and Campaigns of Richard L. Vowell. British Legionnaire and Commander Hero of the Americas*. Gran Bretaña: Tattered Flag Press, 2013.
- Pereira Salas, Eugenio. “Prólogo”. En *Colección Iconográfica I.- Donación Armando Braun Menéndez*. Santiago: Catálogos de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile, 1979.
- Pérez Vila, Manuel. *Vida de Daniel Florencio O’Leary Primer Edecán del Libertador*. Caracas: Ediciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1957.
- Servicios navales que, en Libertar a Chile y al Perú de la Dominación Española rindió el Conde de Dundonald, Gran Cruz de la Orden del Baño, de la Imperial Brasileña, del Crucero y de la Real de San Salvador de Grecia; Almirante de la Escuadra Roja; Contra- Almirante de la Gran Bretaña...* Londres: James Ridway, 1859.
- Sunyer, Carlos. “El autor de la obra *Campañas y cruceros* en Venezuela”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 120 (1952): 111 – 120.

⁸ Esta obra no tiene fecha de edición, aun cuando el prólogo de Blanco-Fombona está fechado en 1916.

Vowell, Longeville Richard. *Campañas y cruceros en el Océano Pacífico*. Traducción, Prólogo y Notas de José Toribio Medina. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1968.

Valparaíso.



Directeur Suprême du Chili. (1825)

Alphonse Giast, *Valparaíso, Directeur Suprême du Chili (1825)*. Colección Iconográfica, Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile.

CAMPAIGNS AND CRUISES,
IN
VENEZUELA AND NEW GRENADA,
AND IN
THE PACIFIC OCEAN;
FROM 1817 TO 1830:
WITH THE
NARRATIVE OF A MARCH FROM THE RIVER ORINOCO TO
SAN BUENAVENTURA ON THE COAST OF CHOCÒ;
AND
Sketches of the West Coast of South America
FROM THE
GULF OF CALIFORNIA TO THE ARCHIPELAGO OF CHILÔE.

ALSO,
TALES OF VENEZUELA:
ILLUSTRATIVE OF REVOLUTIONARY MEN, MANNERS,
AND INCIDENTS.

IN THREE VOLUMES.

VOL. I.

LONDON:
LONGMAN AND CO.
PRINTED BY H. E. CARRINGTON, CHRONICLE OFFICE, BATH.
1831.

Portada del volumen I de *Campaigns and Cruises*, de la edición de Londres, 1831, reproducida en la edición de José Toribio Medina, 1923.